

CARTA CIRCULAR SOBRE LA VIDA COMUNITARIA

– Algunos pensamientos y reflexiones –

QUERIDOS HERMANOS,

Saludo a todos ustedes en este tiempo de gracia que es la Cuaresma y, de modo especial, ahora que estamos celebrando con gratitud, con grandes expectativas y con esperanza el Año de la Vida Consagrada. Ojalá que éste pueda ser un tiempo favorable para profundizar nuestra relación con Jesús Crucificado, para alegrarnos con nuestros hermanos de comunidad y para vivir en solidaridad con los crucificados de hoy.

INTRODUCCIÓN

Con esta carta deseo volver a proponer algunos pensamientos sobre el tema de la vida comunitaria. Y lo hago respondiendo a la propuesta que hizo el último Capítulo General que pidió al Superior General la realización de una acción pastoral específica (una catequesis) sobre la dimensión comunitaria de nuestra vida. Mi intención es compartir algunas reflexiones sobre la vida comunitaria que he tomado de algunos autores seleccionados, especialmente del Papa Francisco; exhorto a todos ustedes para que usen estos textos tanto en sus reflexiones personales, como en el diálogo con los hermanos de comunidad.

No ha existido ninguna época en la que hablar del tema de la vida comunitaria no haya sido un problema. Ya lo hemos hecho y continuaremos haciéndolo, compartiremos y discutiremos este tema sin dejar de lado la gran cantidad de material escrito al respecto. De hecho me estoy preguntando: “¿Qué cosa podría decir yo ahora, habrá algo nuevo que añadir?”

Quizá un buen punto de partida podría ser la experiencia ya vivida, porque es exactamente allí, en la experiencia viva, más que en otros lugares, donde podemos identificar aspectos fecundos y evangélicos de la vida comunitaria y al mismo tiempo los desafíos y los sufrimientos que se encuentran en su interior.

La comunidad fraterna tiene el enorme poder de reunir a las personas.

Las enfermedades de la comunidad, por el contrario, tienen el poder de destruirlas.

(Papa Francisco)

VIDA COMUNITARIA: Pensamientos y Reflexiones.

Yo creo que el mayor interés de la llamada que se nos ha hecho para que reflexionemos algo más sobre la vida comunitaria, tiene que ver con la dimensión humana-relacional y no tanto con la dimensión teológica-espiritual; sobre ésta última podemos encontrar mucho material escrito sobre todo en algunos pensamientos muy claros, estupendos y estimulantes de nuestras Reglas y Constituciones.

Desde mi experiencia personal viviendo la vida comunitaria, visitando a las comunidades y escuchando las experiencias de vida fraterna de mis hermanos, puedo percibir, por una parte, un anhelo de compañía, de aceptación, de respeto, de armonía y de trabajo conjunto, pero por otra parte, veo y percibo la soledad, el aislamiento, el individualismo, la búsqueda de independencia y de una privacidad excesiva.

A veces es más fácil escuchar el grito de los pobres más alejados que el grito de nuestros hermanos y hermanas dentro de nuestra propia comunidad. No hay nada que nos atraiga para responder a los gritos de la persona que está con nosotros todos los días y que más bien nos altera los nervios. Quizá podremos responder al grito de los otros cuando hayamos reconocido y aceptado el grito de nuestro propio dolor personal.

Jean Vanier, Comunidad y Crecimiento.

En algunos casos nuestras comunidades se pueden comparar con las “pensiones” – hay cuerpos que viven, oran, comen juntos, salen a trabajar y regresar para dormir – ¡No existe ningún tipo de comunión! En efecto, algunos religiosos ya han redefinido la “vida común” en un modo en el que solo se puede entender como vida de religiosos que viven solos, pero que por amor a su ministerio pastoral se reúnen regularmente para animarse mutuamente. Los que piensan así, declaran que solo así se puede encontrar una comunión mucho más sincera con los propios hermanos y hermanas. ¿Es éste el ejemplo –como dice un proverbio inglés– de una “ausencia que vuelve más afectuoso el corazón”? (es decir, ‘lejanía que refuerza el afecto’)

El Papa Francisco ha estado enfatizando la “espiritualidad de la comunión” como “un modo de ser” para el religioso y un modo de vivir la vida comunitaria:

La comunión se vive sobre todo dentro de las respectivas comunidades de cada Instituto. A este propósito os invito para que releen mis frecuentes intervenciones en las que no me canso de repetir que las críticas, los chismes, las envidias, los celos y los antagonismos son actitudes que no tienen el derecho de habitar en nuestras casas. En este caso, el camino que se abre delante de nosotros es casi infinito porque se trata de buscar a toda costa el acogimiento mutuo, la atención recíproca, la práctica de la comunión de los bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna, el respeto a las personas más débiles... ésta es la “mística del vivir juntos” que hace de nuestra vida “un santo peregrinar”. Debemos interrogarnos sobre las interrelaciones entre las personas de cultura diferente,

considerando que nuestras comunidades se están haciendo cada vez más internacionales. ¿Cómo consentir que cada uno se exprese, que cada uno sea acogido con sus dones personales, que cada uno sea plenamente corresponsable?

En una conferencia que se tuvo durante un simposio sobre la Vida Religiosa Apostólica, la Hna. Sara Butler, de las Siervas Misioneras de la SS.ma Trinidad dijo:

La vida común se nos prescribió no simplemente por razones de convivencia y de economía, ni siquiera por razones de apoyo recíproco en el apostolado, sino más bien, porque manifiesta nuestra comunión con Cristo. Por la fuerza de nuestra consagración, nosotros compartimos las mismas tradiciones, la espiritualidad, los objetivos apostólicos, los recursos y las constituciones. Nuestra comunión fraterna anuncia que las personas que aman a Dios son capaces de amarse y de sostenerse mutuamente, de aceptar los dones y los límites de cada uno, de compartir las alegrías y los sufrimientos, no obstante las diferencias de edad, de raza, de lengua, de nacionalidad, de cultura, de temperamento y de competencia ministerial. La ascética de la vida comunitaria exige el amor, el perdón, la paciencia y la donación personal recíproca; así contribuimos a nuestro propio crecimiento en la santidad. Una vida consagrada, en efecto, tiene una serie de consecuencias principalmente para los que viven juntos. En una época de exagerado individualismo, la vida comunitaria es de verdad un signo profético. Viviendo juntos, incluyendo las veces en que cuesta mucho, los religiosos son capaces de dar un testimonio extraordinario del misterio Trinitario del amor que se auto-vacía de sí mismo.

No debemos minimizar el valor testimonial de nuestra vida comunitaria. Se pide a los religiosos que den testimonio del poder humanizante del Evangelio a través de una vida vivida en la fraternidad. Exactamente en este tiempo cuando las divisiones, los fracasos, las discriminaciones, los prejuicios, las exclusiones y el individualismo se han convertido en una realidad aplastante en la sociedad y en el mundo de hoy, los Religiosos, viviendo en comunidad con personas que no han elegido, pueden ser un verdadero testimonio de los valores de unidad, respeto, armonía, aceptación, inclusión y cooperación para un objetivo común. Nosotros testimoniamos que *“la comunidad cristiana está fundado en el amor de Cristo que, en la cruz, abatió el muro de separación e hizo de todos nosotros un solo pueblo”* (Constituciones 26).

El Papa Francisco nos anima:

En estos días en los que la fragmentación da razón a un individualismo estéril y de masas y en los que la debilidad de las relaciones disgrega y estropea el respeto del hombre por el hombre, somos llamados a humanizar las relaciones entre hermanos para propiciar una comunión de los espíritus y de los corazones al estilo Evangélico para que “exista una comunión de vida entre todos los que pertenecen a Cristo. Una comunión que nace de la fe y que hace que la Iglesia sea, en su verdad más profunda “comunión con Dios, familiaridad con Él, comunión de amor con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo que se prolonga en la comunión fraterna”.

Desde el momento en que nuestra vocación es una llamada a “vivir la plenitud del amor cristiano en una comunidad evangélica de vida” (Constituciones 25), reflexionemos en la invitación del Papa Francisco para hacer que nuestra vida se caracterice por la “alegría” y que ésta se confirme en la experiencia de la vida comunitaria:

“Como testigos de comunión, no obstante nuestro modo de ver y nuestras limitaciones, estamos llamados a llevar la sonrisa de Dios; la fraternidad es el primer y más creíble evangelio que podemos narrar. Se nos pide humanizar nuestras comunidades: « Cuidar la amistad entre vosotras, la vida de familia, el amor entre vosotras. Que el monasterio no sea un Purgatorio, que sea una familia. Los problemas están y no faltarán, pero, como se hace en una familia, con amor, debemos buscar la solución con amor; no destruyendo esto para resolver aquello; no compitiendo. Busquemos cuidar la vida de comunidad, porque cuando la vida de comunidad es así, como una familia, el que está en medio de la comunidad es precisamente el Espíritu Santo... y la vida de comunidad siempre con un corazón grande. Dejando pasar, no vanagloriándose, soportándolo todo, sonriendo desde del corazón. El signo de ello es la alegría” (Alegraos, N. 9)

Una de las cosas tristes de nuestra vida en comunidad es encontrar hermanos que han vivido y continúan viviendo en un pasado que los hiere, con conflictos sin resolver y que se experimentan entre los propios hermanos. A veces sus vidas hunden sus raíces en la amargura y mientras celebran los sacramentos y predicán la reconciliación a los demás, ellos mismos no logran perdonar al hermano con el que viven en comunidad, en la misma casa o en la misma Provincia. Esto puede crear una atmósfera general negativa y ser pesada para todos, además de sofocar la alegría y una sana comunicación. Esto incita a las personas a que realicen juicios negativos e imprudentes y a que pierdan el tiempo en conversaciones inútiles llenas de cinismo y de sarcasmo. Los superiores, tanto locales como mayores, deben estar atentos a estas cosas y afrontarlas una por una con respeto y caridad.

El Papa Francisco dijo:

... ustedes están llamados a convertirse en “expertos” de la misericordia divina, precisamente a través de la vida en comunidad. Por experiencia, sé que la vida comunitaria no siempre es fácil, que es un campo de entrenamiento providencial para el corazón. No es realista esperar no tener conflictos, las incomprendiones surgirán seguramente y deben ser afrontadas. No obstante estas dificultades, hemos sido llamados a crecer en la misericordia, en la paciencia y en la perfecta caridad viviendo dentro de la vida comunitaria.

Y más adelante nos anima:

Ora, ora por todos los miembros de la comunidad y especialmente por aquellos con los que tienes algún problema o por aquellos a los que no les deseas el bien; es algo natural y espontáneo el no tener deseos de que le vaya bien a alguien, tú ora y el Señor hará el resto.

Hablando de la comunidad como de un lugar adecuado para la curación y el crecimiento, Jean Vanier escribía:

La herida que tenemos cada uno de nosotros y de la que todos buscamos escapar, puede convertirse en el lugar de encuentro con Dios y con los hermanos y hermanas; puede ser el lugar del éxtasis y del banquete de bodas eterno. La soledad y el sentido de inferioridad del que estamos escapando pueden convertirse en lugar de liberación y de salvación. Existe siempre una guerra realizándose en nuestros corazones; todos tenemos una lucha entre nuestro orgullo y la humildad, entre el odio y el amor, entre el deber perdonar pero no querer hacerlo, entre la verdad y el deseo de que no sea descubierta, entre la apertura y la cerrazón de nosotros mismos. Cada uno de nosotros está caminando y atravesando un pasaje hacia la liberación, creciendo en el camino hacia la plenitud y la curación... No debemos tener miedo a este corazón vulnerable que se aproxima mucho a la sensualidad y que es capaz de odiar y de volverse celoso. No tenemos que huir de esto tratando de encontrar poder y conocimiento, buscando auto glorificarnos y ser independientes. Al contrario, debemos dejar que Dios se acomode en nuestro corazón, que lo purifique y lo ilumine. Cuando la piedra se remueve gradualmente abriendo nuestra tumba interior y se descubre toda la inmundicia que hay allí dentro, descubrimos también que somos amados y perdonados, entonces, bajo la potente acción del amor y del Espíritu, la tumba se convierte en un útero. Está sucediendo un milagro.

Jean Vanier, Comunidad y crecimiento.

Para concluir diremos que tenemos necesidad de hacer un mayor esfuerzo en la vida comunitaria para aprender a conocernos verdaderamente los unos a los otros. Para que esto pueda suceder, debemos estar listos para dar a los otros nuestro tiempo en la escucha de sus historias con respeto, dispuestos a poner atención a sus experiencias de la vida, tanto a las que fueron vivificantes como a las que han dejado cicatrices y que tienen una fuerte necesidad de medicinas para curarse; estas medicinas son la aceptación, la comprensión y la ternura fraternas.

La fraternidad es una cosa delicada... Este es el modo con el que tenemos que tratar a nuestros hermanos: con ternura eucarística. Tenemos necesidad de acariciar los conflictos... La ternura nos hace bien, la ternura eucarística no esconde los conflictos, nos ayuda a enfrentarlos como personas.

Papa Francisco.

CONCLUSIÓN

Lo que he compartido en esta carta con ustedes, son esencialmente algunos pensamientos “al vuelo” sobre la vida comunitaria, sostenidos por algunas reflexiones útiles tomadas de varios autores, con el fin de animarnos y ayudarnos a crecer en la fraternidad y en el dar testimonio alegre del amor cristiano vivido en comunidades evangélicas.

Ciertamente no soy más experto que cada uno de ustedes en la vida comunitaria y estoy muy consciente de los límites de cuanto he presentado en esta carta. Sin embargo, les ofrezco estos pensamientos y reflexiones sobre algunos aspectos particulares de la vida comunitaria queriendo exhortar fuertemente a cada comunidad, a través del Superior Local (con la animación del Superior Mayor) a que dediquen tiempo durante esta Cuaresma para hacer un intercambio sobre este aspecto de nuestra vida, en vistas de lograr un crecimiento y una mayor autenticidad en nuestra vida comunitaria local.

Durante la Cuaresma reflexionemos tanto personal como comunitariamente sobre nuestros deseos de encontrarnos con Jesús íntimamente y respondamos auténticamente a la gracia de la conversión que el Padre misericordioso nos regala. Haciendo esto iremos recorriendo este camino sin miedo, con familiaridad y con grande confianza, aspectos que se refuerzan a través de la compasión de nuestros hermanos y de la ternura que viene de Dios.

SS. Juan y Pablo, Roma
Miércoles de Ceniza
18 de Febrero de 2015



P. JOACHIM REGO, C.P.
Superior General

Creadora de fraternidad y despertadora de esperanza

La VC tiene hoy una oportunidad y tarea muy especial por delante: crear en todas partes, suscitar, animar y sostener hogares auténticamente fraternos que irradian a los demás amistad, estímulo, apoyo y reconciliación.

La VC tiene que potenciar la vida comunitaria, a la que las nuevas generaciones son muy sensibles; acoger la diversidad cultural y espiritual de sus miembros, sabiendo que la comunidad ya es misión; abrirse ad extra hacia todos los excluidos de la historia. Podemos preguntarnos: ¿qué es lo que se le exige a una comunidad para que proyecte hacia fuera el encanto de vivir juntos y unidos en la diversidad, creando espacios cálidos y humanizadores, abiertos y alegres para nosotros y para los demás? Para llegar a esta meta:

- *- Tendrá que pasar de ser una vida en común a una comunidad de vida, rica en relaciones personales de acogida, diálogo y discernimiento, en libertad responsable, en preocupación por el otro, el diferente, en la que más que la presencia física lo que cuenta es la compenetración de espíritu y la unión de corazones.*
- *- Habrá que pasar de estructuras que infantilizan a apoyos que forman en la libertad. No es raro que, con buena voluntad, se hayan multiplicado los apoyos estructurales que han forjado personas aññadas, sin creatividad ni imaginación, más fieles ejecutoras de órdenes que discernidoras desde la propia responsabilidad y su leal saber y entender para vivir la misión que se les ha confiado. No se ayuda a crecer en madurez y responsabilidad coaccionando sino promoviéndolas.*
- *- Es necesario pasar de una uniformidad imposible a una comunión en la diversidad. Toda comunidad cristiana y religiosa es una pálida imagen de la comunidad trinitaria. Y la comunidad trinitaria se hace en la diferencia y no en la uniformidad: cada persona divina es distinta y actúa distintamente. La unidad de la Santa Trinidad está hecha de oposiciones y diferencias de las tres personas distintas, compartidas en el amor.*
- *- Hay que pasar de la trinchera fortificada al campo abierto donde se lucha por el Reino. Una comunidad introvertida es una comunidad neurotizada. Nuestras comunidades vivirían más aireadas y sanas si abrieran sus puertas y ventanas al mundo, bajasen a la calle y se metieran en la caravana de los hombres y mujeres y escucharan con el corazón lo que sufren, luchan y aman. Nuestro lugar no es la retaguardia cómoda donde no se corre ningún riesgo sino la línea de fuego donde se lucha por la justicia, la solidaridad y la paz.*

Tomado de Los grandes desafíos de la Vida Consagrada Hoy de José M. Arnaiz, s.m.